

Luis Esteban G. Manrique, *De la Conquista a la Globalización. Estados, naciones y nacionalismos en América Latina*. Madrid: Política Exterior, Biblioteca Nueva, 2006.

Edgardo RODRÍGUEZ GÓMEZ

Master 2 Recherche Histoire des Institutions et des Idées politiques

Université Paul Cézanne Aix-Marseille III

Luis Esteban González Manrique, periodista de origen peruano, arequipeño, afincado en España hace dos décadas, es el autor del libro *De la Conquista a la Globalización. Estados, naciones y nacionalismos en América Latina*. En esta obra nos ofrece una visión exhaustiva de un proceso complejo, convulso e inacabado como es el de la construcción de los Estados-Nación latinoamericanos en un contexto paradójicamente jalonado por la globalización y las reivindicaciones identitarias.

En la reconstrucción panorámica de la historia iberoamericana de los últimos quinientos años, tal como aparece planteado en este trabajo, la propuesta discursiva prolija y ampliamente abarcadora del autor no podía ser mejor presentada sino a través del ensayo, género narrativo asentado en la larga tradición del pensamiento político occidental, sumamente válido para canalizar una reflexión que traduzca en blanco y negro la toma de razón de unos acontecimientos vinculados a la conciencia del yo situado y la alteridad en épocas de crisis y cambios.

En efecto, desde Michel de Montaigne, el célebre filósofo francés autor de los *Essais*, inmerso en mil conjeturas acerca de los caníbales de nuevos mundos en un periodo de conquistas como fue el siglo XVI, el abordaje temático de la identidad colectiva, en sus marcos políticos y sociales, no puede obviar el tratamiento libre y dilatado -no por ello escasamente riguroso sino por el contrario provocador de innovadoras y penetrantes reflexiones- característico del ensayo político periodístico.

Luis Esteban G. Manrique asume el ensayo como método y resultado. Una variante narrativa que da sentido a los propósitos del escritor latinoamericano interesado, por un lado, en interpretar los fenómenos en los que se halla comprometido como actor y observador, y por el otro, en promover una reflexión crítica portadora de incitadoras sugerencias para la convivencia política.

El autor se inscribe así en la larga e importante tradición de los ensayistas que en general son reivindicados a lo largo del contenido de su obra quienes en sus palabras»[n]o sólo modificaron el acontecer inmediato, dada la tenue línea que separaba la actividad intelectual de la acción política, sino la propia percepción que tenían de sí sus sociedades» (p. 151). Recupera así el aporte de pensadores lúcidos y los beneficios indudables que acarrea un cabal desarrollo de las ciencias sociales.

En el esfuerzo interpretativo de González Manrique se establece como marco de referencia el abordaje de dos fenómenos de globalización con sus propias especificidades históricas; así, si los descubrimientos geográficos de finales del siglo XV -que darían paso a la conquista de los territorios americanos- cambiaron las concepciones del mundo conocido ampliando el imaginario de las propias identidades, la actual globalización que acorta las distancias físicas que fueron puestas en evidencia por la primera, tiende a redescubrir ciertos patrones de diferencia que reconfiguran las identidades más allá de lo estrictamente territorial.

Entre una y otra globalización se ha sucedido una historia de ideas e instituciones políticas: estados, naciones, nacionalismos, América, resultan conceptos elaborados y asimilados en el breve periodo que registran los últimos quinientos años de la humanidad. De ese modo la conquista se producía junto con el nacimiento en el siglo XVI de ese concepto referencia del hoy en día y puesto en cuestión con la globalización vigente: el Estado, mientras que la idea de nación se asentaba en el cambio crítico y paradigmático entre dos modelos de dicho Estado: el monárquico absoluto y el nacional a lo largo de la experiencia revolucionaria del siglo XVIII y los procesos de emancipación americanos del XIX.

De la conquista a la globalización registra, así, de manera casi gráfica un proceso que más allá de lo estrictamente discursivo se concretó en profundas transformaciones que afectaron la naturaleza de los regímenes políticos occidentales en el tránsito a la modernidad y durante la propia edad moderna hasta la actualidad. En la proyección de las transformaciones políticas europeas hacia la América española, se va reconstruyendo, a lo largo de la lectura, instituciones y costumbres, se va dando cuenta de la fractura entre el discurso oficial y la pauta de conducta real, se exploran modelos inacabados y tradiciones asentadas. A través de un discurso lineal de la historia que discurre de las 525 páginas se introduce uno en un libro pleno de erudición e información actualizada.

En el contenido de la obra una optimista propuesta de reflexión guía el discurso del autor; en dicho discurso la valoración de las oportunidades

durante las crisis a partir de la necesidad del aprendizaje de la Historia tiene como antecedente un marco humanista, ya presente desde los inicios de la controversia en torno a la legitimidad de la presencia española en tierras americanas y el tratamiento de la condición de seres humanos de los salvajes descubiertos a fin de que devengan súbditos de la corona española. El reconocimiento y la demanda de respeto de una común humanidad atraviesa el panorama ideológico de los últimos cinco siglos desde sus vertientes políticas, religiosas y éticas.

Aparece, asimismo, a lo largo de toda la reconstrucción historiográfica un vínculo estrecho entre religión y política que estructura los procesos sociales de los Estados latinoamericanos y se hace vigente a su vez en los cuestionamientos a la facticidad del poder; en ese sentido, resulta una buena muestra las referencias que hace el autor a situaciones que ilustran tempranamente «[l]a unión de la Iglesia y el Estado durante el dominio imperial [que] hicieron de la Iglesia la generadora del núcleo ético simbólico de la cultura colonial» (p. 138).

Esta constatación queda ratificada a lo largo de toda la obra como manifestación de la firme convicción del autor acerca de la notoria fuerza que se imprime desde la fe institucionalizada en las prácticas gubernamentales de las repúblicas latinoamericanas tal como queda expresado en la referencia a una visita de Juan Pablo II al Chile de Pinochet cuando se señala que: «El punto de inflexión del proceso de transición democrática lo marcó el viaje de Juan Pablo II a Chile entre el 1 y 6 de abril de 1987» (p. 421), sin llegar a olvidar la importancia de la reflexión teológica liberadora desde Gustavo Gutiérrez con sus efectos en el proceso político y al interior de las organizaciones católicas (p. 295), aunque se echa en falta una breve aproximación al legado religioso conservador que se prolonga aún hoy en el pensamiento político latinoamericano justificando jerarquías y cuestionando el marco teórico democrático que inspiró el modelo republicano panamericano.

Junto a la arraigada presencia religiosa, la violencia como un fenómeno vasto que ha ganado status de normalidad continental se constituye en un factor subyacente al actuar político y fue ensalzada en el proceso de construcción de la identidad política que hizo factible la conquista, la articulación nacional o el cambio revolucionario.

De ese modo, si el proceso de construcción estatal europeo requirió del despliegue de la fuerza bélica para el logro de acuerdos territoriales, resulta de manifiesto en la obra las ocasiones en que los Estados-naciones surgidos hace dos siglos recurrieron a guerras de carácter internacional no sólo para definir sus límites geográficos en los inicios de sus procesos republicanos,

sino estratégicamente también como «[u]na manera de contrarrestar las tendencias disgregadoras y las protestas contra las desigualdades reales [...] para crear sentimientos unitarios» (p. 146).

Por ello, ya que en la experiencia europea previa, las categorías de nación y nacionalidad se constituían en instrumentos para definir la común unidad política -en consecuencia hacían posible la exclusión y oposición respecto de otros sujetos ubicados en una política y territorial vecindad-, esos objetivos se limitaron a escasos sectores de las sociedades latinoamericanas, recreando las estructuras coloniales escasamente igualitarias, por lo que no cabía dudar de la inexistencia de vínculos articuladores ante relaciones violentas fundadas en el racismo y el menosprecio. «Si la soberanía residía en la nación, como proclamaban las constituciones, había que saber quién pertenecía a la nación, a riesgo de que cada provincia reclamara unilateralmente la soberanía territorial.» (p. 146).

Ejércitos y caudillos se convertían por tanto en presuntos garantes del orden y la unidad colectiva desde las aurales épocas republicanas. Como en la Europa de las guerras de la revolución de fines del siglo XVIII e inicios del XIX, se intentaba dar paso a lo que al otro lado del Atlántico se denominaría guerra de naciones, puesta en práctica por gobernantes deseosos de reencauzar el desastre napoleónico y mantener el equilibrio político y social que había asegurado la engañosa estabilidad del periodo previo a la gran Revolución Francesa. Resultaba evidente que a los aristócratas devueltos a sus facultades de mando militar en países como Francia y Prusia, no podían asimilárseles los nuevos jefes de milicias de las ex colonias españolas, aventureros de la política y poco afectos a los cánones de la disciplina castrense. (p. 139).

No obstante, el estamento militar irá integrando principios y técnicas de organización de los ejércitos profesionales, a la vez que adoptará y promoverá valores de identificación patriótica que darán inspiración a los ejércitos de naciones latinoamericanas; éstos últimos, sean triunfadores o perdedores en los resultados de sus guerras internacionales, se incorporarán en un proceso que comenzó a registrar sus antecedentes desde la segunda mitad del siglo XIX y se prolongó hasta la actualidad: el auge de los nacionalismos.

En efecto, vale la pena dejar apuntada la referencia a la consolidación de los nacionalismos en Latinoamérica que efectúa el autor del libro cuando señala que: «La coyuntura internacional desde 1850 fue particularmente propicia para el arraigo de esa ideología: el establecimiento de una alianza entre los grupos dominantes internos con el capital extranjero; la creciente consolidación de los regímenes constitucionales; la articulación más coherente de intereses sectoriales en fuerzas políticas organizadas; un aparato de ins-

tituciones públicas y de propaganda para defender los valores nacionales –el sistema educativo–; la modernización y profesionalización del ejército; una nueva burocracia estatal profesional y el establecimiento de un marco de relaciones internacionales que supuso el reconocimiento de su soberanía» (p. 150).

Fuerzas armadas instaladas en discursos de izquierda o de derecha darán continuidad a la ideología nacionalista durante el siglo XX para defender en nombre de ella salidas a desencuentros internos con indudables referencias internacionales; bajo ese esquema, las dictaduras militares adoptarán políticas de corte nacionalista en cuestiones vinculadas a seguridad interior y reforma social.

Aunque a estas alturas resulta obvio afirmar que durante el siglo XX el término nacionalismo ha estado estrechamente ligado a la violencia en el contexto global puesto que las referencias al discurso nacionalista estuvieron en el trasfondo de las guerras mundiales y en las más recientes campañas de limpieza étnica; el nuevo milenio ha confrontado a los Estados-nación inacabados a una nueva oleada de discursos nacionalistas, en una época en la que probablemente los postulados del Estado moderno han resultado insuficientes y requieren ajustarse a las premisas de *l'Etat postmoderne* propuestas por Jacques Chevallier⁴¹.

El discurso nacionalista revitalizado se ha implantado en la región andina enarbolado por personajes de inocultables estilos caudillistas, si en Perú no ha triunfado su propuesta por la vía electoral, es indudable que se hace presente en un escenario político difuso incentivado además por la reivindicación étnica indígena y la cercanía al proceso boliviano que transmite a la frontera común aymara complejos marcos de identificación de quienes se consideran parte de este colectivo que abarca a indígenas por *default* o los indígenas «carentes de propuesta», indígenas no indígenas, e indígenas «sionistas» o el Sionismo Aymara, que «no conciben una convivencia entre indígenas y no indígenas, más que bajo la hegemonía indígena y, en particular, aymara⁴²».

Ante este panorama, la propuesta de fondo del libro de González Manrique apunta a un horizonte de esperanza que entreteje su convicción acerca de la religiosidad que atraviesa la historia política latinoamericana, su

41 CHEVALLIER, Jacques; *L'Etat postmoderne. Droit et société*. LGDJ, Paris: 2003, pp. 232.

42 Véase VILCA, Paulo, SANTOS, Aldo; «Aymara markasa winaypacha wiñaya» (Nuestra Tierra aymara vivirá por siempre y para siempre). *Revista Quehacer* N° 166, julio 2007.

rechazo y cautela ante la violencia institucionalizada y escasamente controlada del poder militarista, su prudente percepción del resurgir étnico nacionalista en su país de origen y las repúblicas vecinas; y finalmente su deseo y compromiso con salidas pacíficas respetuosas de marcos de convivencia como los que ofrecía el ideal del Estado-nación puesto en jaque con la actual globalización.

En el epílogo de su obra, por tanto, conmueve su propuesta integradora que pone en evidencia los rasgos claves de su análisis histórico de cinco siglos expresados en el siguiente párrafo: «*La historia moderna ha sido la historia de las naciones. Pero en el siglo XXI existe la posibilidad por primera vez de crear una civilización que deje atrás definitivamente la idea de lo etnocéntrico.* [...]»

En una remota comarca andina, en la sierra de Cusco, la comunidad quechua de Q'ueo, que remonta sus orígenes a los ayllus reales incaicos, realiza anualmente el ascenso al nevado Ausangate, en cuya cima encuentra el santuario del señor de Q'oyllur Riti, el «Cristo de los Andes». El ritual que culmina la peregrinación plantea la reciprocidad entre blancos e indios para hacer posible el advenimiento de la «tercera edad del mundo» o «época del Espíritu Santo» que sucederá, según la cronología escatológica del sincretismo andino-católico, a las eras del Padre y del Hijo.»

Se trata, pues, de un ideal integrador que pasando por la celebración de un pacto refundador debe contribuir al cumplimiento de las promesas de una modernidad inacabada, reivindicativa de un Estado democrático -y creo, para el caso latinoamericano: multicultural-, como marco para no volver a generar nuevos seres insignificantes.

En definitiva, este final del trabajo metódico de González Manrique trasluce la problemática metodológica presente en toda la obra que tiene como punto de partida el uso de una categoría conceptual compleja como es «nación» en el discurso actual, que a su vez incorpora su propia lógica a los otros conceptos tratados al interior de las páginas del libro: nacionalismos y estados-nación.

De ese modo, si bien lo que más grafica el autor es el recurso a la variante descriptiva de dicha categoría -caracterizada por dar cuenta del fenómeno étnicamente en el marco de su explicación historicista-, no deja de estar presente -de manera entremezclada- la referencia a una nación como ideal regulativo, pauta prescriptiva que debe ser adoptada para dar legitimidad a un modelo sustentado en una filosofía política republicana e igualitaria; en ese sentido no «*había que saber quien pertenecía a la nación*» como si ésta estuviese prefigurada en la realidad. Se trataba de «establecer» *ex ante* quien pertenecería a ésta para que pueda gozar de sus derechos y asumir sus obligaciones.

Por tanto, un presupuesto normativo que declara que la soberanía reside en la nación parte de una abstracción individualista que como fórmula de cambio llega a ser tan poderosa que asume como tarea básica reconfigurar la historia dando paso a una variante de la identidad cuyo contenido político tiene el enorme potencial de encauzar las identidades étnicas.

Ese ideal no desterrado de la prédica igualitaria, configurada y asumida en el trabajo formalmente, se traduce en una ciudadanía que a partir de un marco de referencia estatal sigue apostando por las promesas de una identidad política que dota de sentido a la unidad de fines antes que a la diversidad de orígenes culturales. Se asume así en esta obra una -única-ciudadanía, que puede ser impuesta y al mismo tiempo ajena como las pautas religiosas ortodoxas ante los rituales andinos, como las guerras civiles de caudillos militares, líderes democráticos y extremistas de izquierda o como el mestizaje asimilador en procura de la desindigenización.

De modo que los votos expresados por el autor del trabajo reseñado para concretar en el siglo XXI «una civilización» -mejor sería una pluralidad- *que deje atrás definitivamente la idea de lo etnocéntrico*, requiere superar, antes que un componente identitario étnico que apenas comienza a ser reivindicado desde sus bases en la América indígena -incluyendo a Norteamérica-, más bien el complejo racial que está instalado en la visión del otro/a y de la diversidad. Los datos empíricos que aparecen del libro dan cuenta de una lente racista montada en el discurso de los propios intérpretes y propulsores de la construcción nacional, a través de ella ha sido vista y enjuiciada la diferencia física y cultural.

En suma, González Manrique ha esbozado el cuadro de un proceso complejo en el que la cuestión de la propia identidad desde la subjetividad se ha puesto en juego para distinguirse y reconocer a las y los demás. Sin duda, no sólo la nación configura nuestras identidades, más bien debe resultar más enriquecedora, al mismo tiempo que no menos contradictoria, una experiencia como la del autor capaz de contener imaginarios, costumbres, discursos y sabores de un no exclusivo peruano-arequipeño y español.